La pluma del Cóndor

Pablo Daniel Magee

Prefacio de Costa-Gavras



La pluma del Cóndor

Título:
La pluma del Cóndor

Autoría: *Pablo Daniel Magee*

Título original: *Opération Condor. Un homme face à la terreur en Amérique latine (2020)*

1ª edición castellana: febrero 2025, Barcelona
Colección *Desbordant Lletres*
Descontrol Editorial
C/ Constitució 19, Can Batlló, nave 80, 08014 Barcelona
www.descontrol.cat Tel. 93 4223787

ISBN: 978-84-18283-84-0
Depósito legal: B 2179-2025

Edición: Descontrol Editorial // editorial@descontrol.cat

Traducción: Pablo Krantz

Maquetación y diseño: Descontrol Editorial

Impreso en: Descontrol Impremta // impremta@descontrol.cat

Distribución: Descontrol Distribució // distribucio@descontrol.cat

----

La pluma del Cóndor

Pablo Daniel Magee

Prefacio de Costa-Gavras
Traducción de Pablo Krantz



Índice

Prefacio

Esta obra está inspirada en la verdadera historia de un hombre, Martín Almada. Lo conocí en París en 1988, cuando yo participaba de una reunión del Comité de Apoyo a Paraguay bajo la dictadura de un tal Stroessner. Lo primero que me impresionó fue su gran sencillez. Es una de esas personas que, tras su humildad y delicadeza, ocultan una fuerza extraordinaria. Un hombre como pocos que nunca, ni siquiera en los peores momentos de su vida, perdió sus ansias de verdad y justicia. Un hombre al que le quitaron todo —su mujer, su familia y su libertad—, pero que nunca dejó de creer en la democracia. Uno de esos a los que es imposible someter, aunque se los torture física o psicológicamente: la fuerza de sus convicciones es una muralla infranqueable.

El drama de América Latina lleva siglos, pero no cabe duda de que la Operación Cóndor es uno de los episodios más criminales y perversos de los tiempos modernos: la planificación de una gran avalancha de sangre, torturas y desapariciones de opositores a las dictaduras. Los Estados Unidos siempre vieron a América Latina como su fuente esencial de recursos. El intervencionismo norteamericano se intensificó a partir de enero de 1959, después de la caída del dictador Batista en Cuba y la toma del poder por Fidel Castro. Fue algo realmente fuera de lo común: Fidel no contó con ninguna ayuda exterior y solo tuvo a su lado a un puñado de rebeldes sedientos de libertad. Para los Estados Unidos, el diablo se había colado en el jardín… Para Martín Almada, el Cóndor aún sigue sobrevolando América Latina…

Para mí, ese monstruo sanguinario está agotado, consumido, después de haberles servido tanto tiempo a sus amos locales y a los del Norte. Sin embargo, hoy en día existen métodos más sofisticados, y políticos igual de peligrosos, para controlar la parte sur del Continente. Pero también surgen otros Martín Almada que se oponen.

Costa-Gavras.

A los hijos y nietos de Martín:
Ricardo, Carla y Nikkos;
Lincoln, Anahí, Nelson, Simón, Susan,
Celeste, Maxime y Amalia;
Celeste, Alexandre y Jean-Baptiste.

A la esposa de Martín, la luchadora
María Stella Cáceres de Almada

Al Dr. Ciprian, al que le debo la vida.

El siguiente relato es, en esencia, parecido a tantas otras historias de gente que combatió por la libertad en todo el mundo, y a la vez singular en el sentido de que se trata de mi propia historia de vida: un momento fuera del tiempo dentro de mi propio país; la ecuación aún sin resolver del Continente que me dio la vida; un átomo herido de nuestra realidad; pero también, y por sobre todas las cosas, esa irascible muralla solar de fotones humanos que siempre se alzará ahí donde surja la barbarie.

Vaya mi agradecimiento al autor, Pablo Daniel Magee, compañero de ruta y ahora compañero de lucha.

Martín Almada Asunción del Paraguay, 1 de enero de 2020.


AMÉRICA DEL SUR DEL PLAN CÓNDOR
N
Caracas
Puerto De España
Ciudad de Panamá
Escuela de las Américas
PANAMÁ
VENEZUELA
Georgetown
Paramaribo
Cayenne
GUYANA
SURINAME
GUAYANA FRANCESA
OCÉANO
ATLÁNTICO
DEL NORTE
Bogotá
COLOMBIA
Quito
ECUADOR
PERÚ
Lima
BRASIL
Cóndor 6
BOLIVIA
Cóndor 5
La Paz
Sucre
Brasilia
PARAGUAY
Cóndor 4
Asunción
CHILE
Cóndor 1
OCÉANO
PACIFICO
DEL SUR
OCÉANO
ATLÁNTICO
DEL SUR
ARGENTINA
Cóndor 2
URUGUAY
Cóndor 3
Buenos Aires
Montevideo
Santiago
Centro Condortel
Ezeiza
La Plata
Trelew
Rawson
Países miembros y
víctimas de la
Operación Cóndor
ISLAS MALVINAS
Puerto Argentina
500 Km

La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa. La imaginación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso, que semejante al Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada.

Simón Bolívar, Carta al Excelentísimo,
Señor Director Supremo de Chile, Cali, 8 de enero de 1822

Conocí a Martín Almada medio por casualidad, en una noche de mayo de 2010, durante una reunión en su casa para recibir al equipo de la ONG "Graines d'énergies" con la que yo estaba efectuando una misión en Paraguay. Como era el miembro más joven de la expedición, me ofrecieron sentarme a la izquierda del distinguido cómplice de nuestros esfuerzos. Apenas me ubiqué a su lado, Martín y yo nos sumergimos en la burbuja de una conversación que nos convirtió en ornitólogos por una noche, grandes especialistas en rapaces andinos. Nuestra charla exaltada podría haber durado hasta el amanecer. Cuando terminó, Martín me propuso volver a Paraguay para escribir una tesis acerca de Robert le Petit, primera víctima de la dictadura paraguaya. Divertido por la malicia y la singularidad de mi anfitrión, al final de la cena yo ya estaba convencido de que mi tema de estudio solo podría ser él mismo.

Todo el transcurso de mi vida me había preparado para ese encuentro: en el anfiteatro de Filosofía de la universidad británica donde estudié, conocí a una profesora que había trabajado bajo la dirección de Henry Kissinger cuando este último era secretario de Estado en el área de Defensa bajo la presidencia de Richard Nixon. Un día nos contó, en tono de confidencia, que había asistido a una reunión en la que unos diplomáticos norteamericanos habían evaluado su estrategia de apoyo a la dictadura militar chilena del general Augusto Pinochet, haciendo alusión a la misteriosa denominación "Cóndor". Mi pobre profesora, que era por entonces una joven funcionaria llena de ilusiones en cuanto al rol de su país en el mundo, renunció velozmente y emigró al Reino Unido, donde sigue enseñando hoy en día. En lo que a mí respecta, el daño ya estaba hecho: acababa de inocularme el virus que un día me llevaría a escribir este libro.

Unos meses después de mi encuentro con Martín, tuve el privilegio de conversar con Stéphane Hessel. Gran amigo de Martín,

conocía mejor que nadie el camino del deber de memoria y me alentó a internarme en él. Y en estas páginas elegí darle vida a esa memoria a través de la existencia de uno de sus más apasionados defensores. Humildemente, espero contribuir así con el proceso de comprensión, asimilación y búsqueda de justicia del pueblo paraguayo y de todos los pueblos del mundo heridos por las garras del despiadado Cóndor.

Pablo Daniel Magee
Asunción del Paraguay,
1 de enero de 2020.

I

Crisálida

1.
Puerto Sastre

Chuang Tzu soñó que era una mariposa que revoloteaba, feliz de su suerte, sin saber que era Chuang Tzu.

Chuang Tzu, El sueño de la mariposa

1943. "¡Martín!". La voz de Lidia se desliza sobre el infinito silencio del río Paraguay, solo quebrado por el fastidioso estruendo de la fábrica de tanino inglesa a lo lejos. *¡Clac!*

¡Clac! ¡Clac! ¡Clac! ¡Clac!… A veces, ese sonido demasiado familiar le cede su sitio al chapoteo del barco de vapor que une los puertos fluviales con la capital, allá a lo lejos, a unos pocos días de navegación agotadora. Lidia conoce cada hora, cada minuto de ese viaje. Cuando lo hizo viniendo de la capital, cada vaivén de la pesada embarcación laceraba un poco más su alma, alejándola de su amada familia. Ella, que vivía en un agradable suburbio campesino de Asunción con sus hermanos y hermanas, había pagado el precio que le toca a la gente de abajo cuando cruza la frontera invisible que la separa de la élite. El 10 de agosto de 1936, agazapada a la sombra de esas barreras tan visibles que resaltaban el baile "popular" anual de los potentados del lugar, Lidia había sorprendido al hombre que le había susurrado promesas de amor, y que había hecho zozobrar su corazón y su virginidad, bailando con otra. Entonces, en un arranque de furia, a escondidas de los guardias, trepó a duras penas la barrera, atravesó la línea roja, quebró el orden establecido y le asestó una cachetada al amante infiel, al padre de un niño por nacer, quizás ilegítimo, pero no más ilegítimo que su amor. El golpe resonó

tan fuerte como las máquinas de la fábrica de tanino y resonó a la vez en los sitios más recónditos, lejos de la capital, y en las lujosas mansiones que bordean el río: desde lo alto de sus dieciocho años, una lavandera había desafiado al principio mismo, eterno, de su casta. ¿Cómo se atrevía? Debería darle vergüenza.

Unos días después, cuando su hermano querido la empujó contra una pared y desencadenó sobre su vientre redondeado la tormenta más triste que hubiera conocido jamás, violando a la vez su dignidad de mujer, su amor de madre y la vida que estaba a su cargo, Lidia embaló su coraje y un poco de ropa y tomó asiento a bordo del primer barco que partía hacia la pequeña ciudad industrial de Puerto Sastre, en el norte del país, donde esperaba encontrarse con su madre, exiliada desde hacía mucho tiempo. Así, en los primeros e inesperados torbellinos de su joven existencia, ella había intercambiado un pueblo agradable por un infierno de arena, viento y agua: la región del Chaco paraguayo. Sin embargo, después de la conmoción de la llegada y la exaltación del nacimiento de su hijo, la convivencia con su madre, Sarah, con la que se había reencontrado después de haber removido cielo y tierra, resultó un ejercicio demasiado ambicioso en el día a día. Las dos mujeres se querían, por supuesto, pero todo un mundo las separaba. Lejos de ser una *terra incognita,* ese mundo de desacuerdos tenía un nombre: Martín. Para Lidia, su hijo era un niño como cualquier otro al que había que darle amor, claro, pero al que se le podía administrar también un buen cinturonazo cuando se le ocurría volver demasiado tarde de pescar. Por el contrario, Sarah, que consideraba a su nieto como un verdadero regalo del cielo, no soportaba que le tocaran un solo pelo a su angelito. Así que cada sesión de retos maternos provocaba una escena. Si bien Lidia tenía buenos motivos para quejarse, a pesar de todo Martín había podido nacer lejos de la condena social.

Y ahora Martín crece como todos los niños de su clase… o bueno, casi. Demasiado despierto para su edad. A los seis

años, curiosamente, pasa la mayor parte del tiempo en la escuela. Y encima empieza a manejar con una soltura desconcertante la escritura, algo de lo que Lidia ni siquiera domina los rudimentos más elementales. Se lo suele ver correr, desnudo y travieso, por las calles embarradas de la ciudad y reír a carcajadas junto a sus compañeros favoritos, unos jóvenes indios chamacoco, cuya lengua maneja. En aquel Puerto Sastre del año 1943, cada uno está obligado a desempeñar el papel que le ha dado el todopoderoso gerente general, que a su vez dirige todo ese pequeño teatro de marionetas de la zona industrial británica. En el centro del pueblo, en pleno corazón de ese sistema solar, los ricos —los propietarios de la fábrica, los inversores argentinos y varios poderosos terratenientes— se reparten la mejor tajada. El segundo círculo incluye a la oligarquía administrativa, necesaria para el buen funcionamiento de la empresa. En el tercero, ya más lejano, se encuentran los obreros: un mal necesario que gravita en órbita alrededor de los dos primeros. Y luego, ya en los confines del universo industrial, como satélites indeseables, obsoletos e inadaptados a las exigencias de su época, los indios chamacoco que vagan demasiado lejos del centro como para ser alumbrados por el resplandor de su luz, pero por desgracia no lo suficiente como para no ser quemados por su calor. En cuanto a Lidia, vive entre el tercer círculo y los confines de aquel universo: entre los obreros y los indios, no del todo indispensable para el funcionamiento adecuado del sistema, pero a la vez lo bastante útil como para evitar verse relegada a la posición de satélite. Comparte la casa de su madre con Martín y su hermanito Rutilio, nacido de madre lavandera y padre desconocido, tal como es oficialmente el caso de Martín.

A pesar de una tradición claramente cristiana, los paraguayos son mucho más liberales en sus costumbres que sus demás vecinos del Nuevo Mundo. Las causas de esa laxitud se encuentran en las profundas heridas infligidas a ese pueblo aislado por la Guerra de la Triple Alianza. El Imperio británico, que desde

1806 había intentado invadir la América española, aprovechó la debacle colonial de su enemigo para implantarse económicamente en la región. Y la Rubia Albión veía con muy malos ojos que el Paraguay de los sucesores de El Supremo[1] se negase a abrirle sus puertas. Así que incitó a sus nuevos aliados brasileños, argentinos y uruguayos a invadir ese país soberano, próspero y no alineado con los intereses económicos de Su Majestad, dejando tras su paso solo muerte y desolación. Ese genocidio hundió la demografía masculina paraguaya en un abismo del que parecía que esos caballeros serían incapaces de salir sin un poco de ayuda. Y por suerte la ayuda no escaseó: la noticia de un país poblado por mujeres no tardó en difundirse por el mundo y el final de la Gran Guerra de América Latina, en 1870, anunció el comienzo de una ola de inmigración masculina sin precedentes. Atraídos como abejas por aquellas a las que llamaban las *florcitas del campo*, los hombres acudieron de los cuatro rincones del globo, maravillados por la perspectiva de recolectar el polen de esa tierra de asilo tan fértil como sus pobres viudas. Incluso el Vaticano cedió ante la necesidad de hacer renacer de sus cenizas a todo un pueblo e hizo la vista gorda ante unas costumbres claramente en desacuerdo con los Evangelios. En efecto, era bastante común que un hombre viviera con varias mujeres en lo que los inmigrantes árabes denominaban el "Paraíso Terrestre de Mahoma", o que mujeres embarazadas por un desconocido criaran solas a su niño. Dicho de otra manera, si Lidia se hubiera contentado con dar a luz a Martín y seguir con el curso de su vida, la sociedad la hubiera aceptado, e incluso acogido, adjudicándole ese nacimiento al Kurupi, un monstruo legendario que embaraza a las mujeres solas, enro-

1 José Gaspar Rodríguez de Francia, llamado El Supremo (1766-1840), primer dictador de Paraguay desde su independencia en 1811. El Congreso le otorgó plenos poderes y el título de "Dictador supremo y perpetuo". *[N. del E.]*

llándose su pene alrededor de su cintura. Y sin embargo aquí la tenemos, frente al río, lavando pilas de ropa sucia para esos potentados ingratos. Con sus diversos patrones le pasa lo mismo que con el hombre que los abandonó a su suerte, a ella y al niño: los encuentra soberbios y condescendientes y puede sentir en las camisas de esas personas respetables el olor de aquella condescendencia mezclada con el sudor y las manchas de grasa.

El año anterior, cuando el pequeño Rutilio estuvo gravemente enfermo, Lidia no tuvo dinero suficiente como para convencer al médico de los obreros, al que sin embargo le lavaba las camisas, de que lo auscultara. Desesperada, terminó yendo a consultar al que todos llamaban Konsaxa, el chamán de la tribu chamacoco. Con Rutilio bajo un brazo y Martín bajo el otro, entró en medio de la noche en la cabaña del sabio. Sentado en un rincón del cuarto, tan longilíneo como su cabello y con el rostro todo tatuado, el hombre aceptó examinar al bebé. Lo acostó sobre una cama y apoyó su boca sobre el vientre helado del querubín para aspirar la enfermedad. En eso su mirada se cruzó con la de Martín. Bruscamente, como sacudido por una fuerza invisible, retrocedió dos pasos con los ojos azorados que brillaban bajo la luz tenue del fuego y pronunció a media voz estas palabras, en un español apenas comprensible: “Antes Tierra, pueblo chamacoco vivir en el cielo. Ancestros Esnani’o todavía vivir allá. Ellos hacer estrellas con flechas para guiar pueblo chamacoco. Esnani’o enviar amigo Isir para hablar a mí. Él dice tu bebé debe morir”. Luego, apartándose de la criatura, el chamán se acercó a Martín, acariciándole la frente con una pluma recién empapada de pintura blanca, y le agarró las manos. “Isir dice niño debe vivir. Niño muy importante. Tú siempre proteger a él. Bebé debe morir”. Horrorizada, Lidia salió corriendo para olvidar ese diagnóstico tan poco ortodoxo. Por supuesto, no había ninguna chance de que dejara morir al bebé. El bebé viviría y ella se ocuparía de que así fuera, a cualquier precio. Y el bebé vivió. Sin embargo, el diagnóstico profético del chamán

Konsaxa despertó en Sarah una admiración sin límites por su nieto. Con mucha naturalidad, Lidia vio a su hijo alejarse para pasar más tiempo con Sarah, mientras ella cuidaba con esmero al bebé Rutilio, que había estado a punto de perder. Martín crecería y siempre habría tiempo para recuperarlo.

"¡Martín!". Por fin su carita desgreñada surge de entre los juncos. Su enorme sonrisa delata lo que esconde orgullosamente detrás de la espalda. "¡Mamá! Pesqué un surubí gigante". Levantando un pescado de buen tamaño clavado en la punta afilada de su pequeño arpón, Martín se acerca: "Podemos hacerlo a la parrilla, ¿sí, Mamá?". Lidia alza los ojos al cielo y se agacha para recoger la pesada cesta de ropa húmeda que aguardaba el regreso del niño: "Sí, hijo. Ven, vamos a casa: la tormenta se acerca".

Al amanecer, la cabaña familiar está en pleno shock; todos se amontonan alrededor de Martín y Rutilio. La magnitud de los daños se va distinguiendo cada vez más al ir alzándose el Sol. La tormenta hizo estragos durante toda la noche y, a pesar de estar construido con robustas hojas de plátano, el techo se derrumbó con todo su peso sobre la habitación de los niños. Considerando el grosor de esa estructura, hubieran podido quedar heridos de gravedad, o algo peor. Sin embargo, están sanos y salvos y las dos mujeres no pueden creerlo. En cuanto a Martín, Rutilio, la cerda y las tres gallinas de la familia, lucen más preocupados por saber lo que les darán para desayunar que inquietos porque el cielo se haya desplomado literalmente sobre sus cabezas. "Te dije que esta era la mejor habitación", le dice de manera triunfal la abuela Sarah a su hija, que prepara frenéticamente la papilla de mandioca para reconfortar a los sobrevivientes. "Esto nunca hubiera pasado en San Lorenzo", le responde Lidia.

Después de dejarlo degustar su desayuno, Sarah se acerca a su nieto. Sentándose a sus pies en el suelo embarrado, con mirada seria, le agarra la mano: "¿Cómo te sientes, Martín? —Bien, Abuela. Tenía hambre pero ahora me siento mejor.

—Martín, ¿viste lo que pasó esta noche? ¿No tuviste miedo? —No, no tuve demasiado miedo. —Está muy bien. ¿Sabes por qué no te pasó nada? Porque eres especial. Por eso nunca podrá sucederte nada. Estás protegido. Lamento que tengas que vivir así con nosotras, en una cabaña donde el techo se te cae encima. Necesitas una buena cama, anteojos de oro, dientes de oro. Como tiene esa gente para la que trabajamos. Pero un día tendrás todo eso. Te volverás alguien importante". Martín la mira, silencioso, un poco incómodo de que la abuela Sarah pronuncie esos elogios delante de su madre. "Repite conmigo: estoy protegido. —Estoy protegido. —Está muy bien. Ahora vete a jugar". Martín besa a su abuela en la frente y le echa una última mirada a su madre, visiblemente molesta, antes de salir corriendo de la cabaña con el arpón. En un día normal, hubiera ido a la escuela. Pero hoy es diferente. Hoy es el día después de una tormenta. Se había preguntado muchas veces por qué los niños chamacoco disfrutaban de una pesca tan fructífera, durante la calma posterior a las tormentas: los peces surgen del río como si esperaran en fila india, con paciencia, que les claven el arpón.

El día en que se armó de coraje y fue a preguntarles su secreto, conoció a Ogwa. Al joven y astuto indígena pareció divertirle que un pequeño satélite obrero viniera a pedirle consejo. Por supuesto, no hablaban la misma lengua. Ogwa hablaba el dialecto de su tribu mientras que Martín se expresaba en la lengua de los indios guaraníes, propia de las clases populares. Pero a través de muchos sonidos, señas y muecas plagadas de creatividad, los dos niños entablaron una amistad sincera. En Puerto Sastre, los escasos niños de patrones que no estaban en escuelas privadas de Buenos Aires o de Londres despreciaban a los hijos de funcionarios, que a su vez despreciaban a los hijos de obreros. Y todo ese mundillo se consideraba con derecho a despreciar a los indios que sin embargo, muy conscientes de ese fenómeno, intentaban vivir como lo habían hecho siempre sobre la tierra de sus ancestros. El hijo de la lavandera, que

funcionaba como un electrón libre entre ambos universos, no resultaba siquiera digno de consideración. Lo dejaban vagar a su antojo. Los niños más pobres, que solían andar desnudos, tenían la peculiaridad de llevar un sombrero, que les distribuía gratuitamente el gobierno solo para permitirles saludar a los militares cuando se los cruzaban. Intrigado por ese niño loco y a la vez divertido por su curiosidad, Ogwa lo tomó muy pronto bajo su protección, compartiendo con él los usos y costumbres de su tribu de tinta y plumas. Le enseñó las pinturas de guerra sagradas de los chamacoco: dos líneas rectas negras bajo cada ojo, recorriendo las mejillas de arriba abajo, que protegían a los guerreros en su mágica lucha contra los Anabsoros, unos demonios subterráneos aficionados a las almas de la superficie. Ogwa también le mostró a Martín cómo encontrar agua entre las plantas, lejos del río. Pero su enseñanza no acababa ahí. Martín aprendió de su amigo a observar a las chicas, esas compañeras de ruta del hombre en esta tierra. Martín estaba fascinado por la leyenda de Iózle, una mujer estrella que había bajado del Osiwuro, el cielo de los ancestros chamacoco, para casarse en la Tierra con un valiente guerrero. Y en el transcurso de su iniciación, después de haberle revelado el secreto de los peces de la tormenta, Ogwa le fabricó el arpón que tenía ahora entre manos.

Al acercarse al río, Martín abre los ojos y deja que el horizonte penetre en su mirada, que recupera el sentido de la luz. La luz blanca del Chaco que corta la pupila como un cuchillo demasiado afilado. ¿Qué hay detrás de esa línea lejana que avanza siempre con él y lo separa del mundo, allá a lo lejos? El niño suele oír a la abuela Sarah y a su madre discutir al respecto. Allá, tras esa línea que solo desaparece al caer la noche, él cree comprender que hay otro pueblo, mucho más grande que Puerto Sastre.

De pronto siente en su espalda una palmada furtiva y luego unos pasos que se alejan corriendo. "¡Vos sos!". Martín sonríe. Esa frase, repetida hasta el cansancio en los patios de escuela,

anuncia el comienzo de la diversión. Un día, ya fuera de la inocencia de la infancia, terminará preguntándose: "¿Quién soy?", "Quién eres tú para decirme lo que soy?". Pero por ahora todo sigue siendo un juego y, al instante después de ser tocado, Martín se pone a correr como loco, riendo a carcajadas, persiguiendo a Ogwa que, con mucha habilidad, ha desaparecido detrás de la pared de juncos. Solo se oye el susurro de las cañas, agitándose al ritmo de las olas que llegan a la orilla. "¡Ogwa!". Martín camina sin hacer ruido hacia esa selva tan especial, en busca de su amigo. Avanza lentamente a través de esos imponentes tallos que se alzan hacia el cielo. Después de varios minutos, distingue a contraluz la esbelta silueta de Ogwa, cuya piel negra contrasta con la pálida blancura de los juncos ya secos. Aprovechando el ruido de un inmenso barco a vapor que pasa cerca de la orilla para cubrir sus últimos pasos, Martín se arroja sobre el pobre Ogwa, que lo ve demasiado tarde como para esquivar la colisión. "¡Vos sos!", grita Martín, loco de alegría. Los dos niños ruedan por la arena y terminan sus acrobacias en el agua del río donde, armado cada uno con su arpón, comienzan a pescar. Después de largas horas de combate frenético, las pilas de pescados empiezan a alcanzar tamaños razonables. Los indios no suelen cazar ni pescar más de lo que pueden comer pero esta vez, llevados por el impulso del juego, los niños deben haber exagerado un poco. No tiene importancia: los jaguaretés se ocuparán del resto.

Ogwa sonríe pero de pronto su sonrisa se borra. Detrás de Martín, en el agua, ha distinguido unos círculos que conoce muy bien, que los padres les enseñan a reconocer a los pequeños chamacoco desde la más tierna infancia. Desesperado por estar fuera de alcance de su amigo, Ogwa se prepara para contemplar un drama. Una serpiente yarará, una de las más mortales, avanza a toda velocidad como si volara sobre la corriente del río: "¡Martín, sal del agua!". "¡Martín, detrás de ti!". Desde la orilla todos lo llaman pero el niño, concentrado en la pesca, no escucha nada

y muy pronto se topa cara cara con el reptil, agazapado entre dos olas, inmóvil, a unos metros de distancia. El predador mira fijamente al chico que, comprendiendo el peligro, apunta ingenuamente el arpón contra él. Entonces, como un demonio surgiendo de improviso, la *yarará* salta sobre el aprendiz de pescador, que al instante se desmaya, demasiado impresionado por la espeluznante criatura como para enfrentar esa pesadilla.

Cuando vuelve a abrir los ojos, Martín contempla las estrellas hasta que el recuerdo de la yarará sacude su cuerpo con una convulsión de pánico. "Cálmate, hijo. Calma. Todo va bien". La voz tranquilizadora de Lidia, sentada junto a él, aplaca el terror del niño, que no comprende bien cómo fue que aterrizó al lado de su madre. Todavía incrédulo, mira a su alrededor. Sentado sobre la mesa de palo santo, en el mismo lugar exacto donde comenzó su día, Martín alza una vez más la cabeza hacia el cielo. Y si bien es cierto que la cabaña familiar ha perdido el techo, al hacerlo ha ganado también una vista. ¡Y qué vista! La imperturbable bóveda celeste del Chaco perfora con mil fulgores la oscuridad de la casita, creando un puente entre el universo y ella. Martín contempla ese pacífico espectáculo, preguntándose cuál de esas estrellas bajará un día para compartir su periplo terrestre. Entonces el miedo a la yarará desaparece para dejarle sitio a un recuerdo surgido del olvido. "El nuevo diácono cazaba yacarés en la orilla del río cuando oyó los gritos de tus amigos. Él mató a la serpiente en pleno vuelo y te trajo aquí. Muy buena puntería, para ser un diácono. Quizás sería mejor quedarnos aquí, en realidad. Él sabrá protegernos de la revolución". Con los ojos aún clavados en las estrellas, Martín le toma el pulso al cosmos, que parece estar revelándole su secreto. Hoy escapó dos veces a la muerte. ¿Y si Sarah tuviera razón? Regresando de pronto a la realidad, Martín pregunta: "Mamá, ¿qué es un diácono? —Un diácono es alguien que se va a convertir en cura. Este vino de la capital para ayudar a nuestro cura". Sin

dejar de mirar a su madre, el niño pregunta finalmente: “Mamá, ¿qué es la revolución?”.

*
* *

En 1947, en la historia reciente de Paraguay había decenas de conflictos armados, guerras civiles, revueltas, revoluciones y demás tipos de golpes de Estado. Esos conflictos estaban tan profundamente anclados en la cultura local que incluso, en los más altos círculos del poder, provocaban risa. Los paraguayos recordaban a un presidente de la República que, cada vez que volvía de un almuerzo, consultaba a los guardias del palacio presidencial para saber si todavía seguía siendo el jefe de Estado. Divertidos, los guardias se apresuraban a tranquilizarlo… hasta el día en que lo escoltaron a toda velocidad fuera del palacio: acababa de ser depuesto. Uno de sus sucesores fue asesinado horas después de acceder al puesto de Primer Magistrado de la nación… que fue también el último. El país parecía marcado con el sello de una accidentada tragedia y sus habitantes se habían adaptado a la situación. En la modesta cabaña de Puerto Sastre no habían terminado de entender las razones que impulsaban a los autóctonos a abandonar el Chaco. Sin embargo, bastó con una simple alusión a una inminente guerra civil para que Sarah tomara sus gallinas y equipajes y condujera a su pequeña familia a ponerse a salvo en San Lorenzo, el suburbio de Asunción que había abandonado unos años antes. De mala gana, Martín debió decirle adiós a Ogwa que, mientras prometía cuidar de la cerda que quedaba en la cabaña, acompañó a la pequeña familia hasta el puerto. Ahí, Sarah y los suyos se amontonaron en una *chata*, un barco mercante que unía la capital con los numerosos pequeños puertos instalados a lo largo del río Paraguay.

Así fue que, acompañado por su hermano Rutilio, por las dos mujeres de su vida y por las tres gallinas de la casita, Martín

emprendió su periplo hacia esa línea del horizonte que tanto lo fascinaba. Por fin iba a ver qué había del otro lado. Le pareció divertido acurrucarse en las entrañas del navío, entre los caballos, el ganado, los chanchos y las gallinas que los comerciantes vendían o intercambiaban en las escalas. Los pasajeros que se encontraban a bordo del barco *Ipane* constituían por sí solos un retrato totalmente fiel del mundillo paraguayo, que intentaba restaurar el orden caótico del universo en medio de un ambiente lleno de vida. Aparte de unos pocos obreros de la fábrica de tanino que no se habían quedado a esperar que la guerra incendiara Puerto Sastre para salir huyendo, había ahí campesinos, comerciantes, lavanderas e incluso algunos músicos. Al caer la noche, a pedido del público, estos últimos no perdían una ocasión de amenizar la cena con algunas polkas paraguayas improvisadas por los cantantes. En el transcurso de una de esas noches, Martín cayó bajo los encantos de una bailarina que, para su desconcierto, solo pasó una noche a bordo. Cuando, al terminar la velada, la mujer se deslizó en el lecho de uno de los guitarristas, el niño no pudo resistir la curiosidad de ir a espiarlos. Mientras que la mayor parte de los viajeros dormían en hamacas, el músico dormía en el suelo. Y a pesar de la oscuridad, Martín observó a la indígena de largos cabellos de ébano entregarse a aquel marinero fortuito.

Zarandeados por el periplo, los pasajeros se pasaron la mayor parte del viaje encerrados en la imponente embarcación. Martín, en cambio, ávido de respirar la luz, salía tan rápido como podía apenas llegaban a un puerto. A veces el barco seguía su camino sin detenerse, advertido del peligro por unos cañonazos. La guerra estaba ahí, en la orilla, incendiando el país y escupiendo sus muertos sobre el curso apacible del río.

Un siglo antes, el primer presidente de la República, Carlos Antonio López, sucesor y sobrino de El Supremo, había vuelto a abrir el país, ahora independiente, a una vida diplomática, redistribuyendo las riquezas acumuladas por el Estado entre las grandes familias de la oligarquía tradicional, y luego entre el pue-

blo. Como solía repetirle al hijo que lo sucedió a la cabeza del país, era mejor asegurarse la paz a través de la pluma que a través de la espada. Aquellos que escriben la Historia cuentan que dicho hijo, el célebre mariscal López, se negó heroicamente a someterse a las exigencias económicas de la Corona británica y que el 1 de marzo de 1870, en Cerro Corá, gritó "¡Muero con mi patria!" justo antes de ser asesinado por las tropas de Luis Felipe Gastón de Orleans, conde de Eu, yerno de Pedro II de Brasil, al cabo de la Guerra de la Triple Alianza. Otros pretenden que se apoderó de las riquezas del país, olvidándose de pagarles lo adeudado a ciertas poderosas familias que fomentaron la Guerra de la Triple Alianza para precipitar su caída. También hay quienes afirman que el joven jefe de Estado se acostó con una mujer a la que el emperador de Brasil le había echado el ojo y Paraguay debió pagar esa afrenta con sangre. Sea cual sea la verdad histórica que provocó la guerra, la muerte del mariscal López —que había dejado grabado en la piedra su amor por Francia fundando en Paraguay la Nueva Burdeos y había hecho vibrar el corazón de su pueblo al ritmo del amor que sentía por la ardiente irlandesa Madame Lynch— marcó el final de uno de los mayores genocidios de la humanidad, con un millón doscientos mil muertos en apenas seis años, es decir casi la totalidad de la población masculina de Paraguay. Después de su desaparición, el país se hundió en una inestabilidad permanente que a partir de enero de 1947 enfrentó, con baños de sangre, al movimiento febrerista[2], de izquierda, contra su tradicional enemigo declarado, el Partido Colorado, de derecha.

---

2 Nacido en 1936, el movimiento febrerista fundará oficialmente el Partido Revolucionario Febrerista, miembro de la Internacional Socialista, en Buenos Aires en 1951. Hasta entonces, la oposición política al Partido Colorado estaba encarnada por el Partido Liberal. Fundados ambos en 1887, estos dos últimos partidos no han cesado de enfrentarse desde entonces en una lucha sin cuartel que continúa incluso hoy en día. *[N. del A.]*

Al alba de un nuevo día de viaje, un grito despierta a Martín. "¡Martín! ¡Ven a ver!". El niño se precipita hacia la parte exterior del navío y se maravilla con el espectáculo que se abre ante su mirada. Durante el transcurso del viaje nada había permitido presagiar una visión semejante. Frente a él, y a lo largo de kilómetros y kilómetros, se extiende la ciudad que tantas veces imaginó: la muy noble y leal ciudad de Nuestra Señora Santa María de la Asunción, llamada así por los colonos españoles el 16 de septiembre de 1541. Ni siquiera en sus sueños más locos se había imaginado algo parecido. Por fin está ahí. Una pared de casas se alza a pocos metros del barco; Martín ha alcanzado el punto extremo de la línea de horizonte. Por todas partes hay haciendas, caballos y carruajes. Martín distingue ya exuberantes mercados de frutas. Diversos sonidos lo invaden al acercarse al puerto. Campanas, mugidos y gritos de animales desconocidos se mezclan con la música de varias orquestas. A su izquierda, un loro enorme repite las palabras de su dueño; a su derecha, colgado de un poste, un mono se burla de los recién llegados, exhibiendo orgullosamente su sexo color fucsia. Más lejos, unos soldados colorados permanecen inmóviles, montando guardia, al acecho de las fuerzas febreristas. A su lado, unas mujeres se resguardan del sol bajo sus paraguas multicolores. Aún más allá, un burro cargado de jamones casi se choca contra un camión que toca ruidosamente la bocina, en cuyos laterales Martín descifra la palabra *internacional*. Entre los edificios perfectamente alineados en cuadras y manzanas, debido a la costumbre colonial de colocar las calles perpendiculares a las avenidas, las casitas blancas se extienden hasta el horizonte, dominadas por una gigantesca masa oscura. En un primer momento, le resulta imposible al niño adjudicarle un sentido al colosal edificio de ladrillos rojos que reina en medio de ese panorama ensordecedor, donde cada detalle parece querer atraer su atención. Como surgida de la noche de los tiempos, la abrumadora catedral colonial conserva su dominio sobre la más

indígena de las capitales de América Latina. En eso, una voz saca a la familia de su embobada admiración.

"¡Asunción! Todo el mundo abajo".